



LORA TAMAYO,

por Marino
Gómez-Santos

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESPAÑA

EN la amplia personalidad del profesor Lora Tamayo concurren circunstancias de excepción para que su nombre fuese elegido, entre otros muchos insignes, como el más idóneo para presidir el Instituto de España.

La primera condición indispensable para ocupar este cargo es que la personalidad que se designe pertenezca a alguna de las Reales Academias. El profesor Lora Tamayo preside la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y es miembro de la de Farmacia. Pertenecen además, a las Academias de Ciencias de Lisboa, Heidelberg, Puerto Rico, Buenos Aires y a la Academia Nacional de Medicina de París, como miembro correspondiente.

El Instituto de España fue creado por decreto a fines de 1937 y se reunió por primera vez en Salamanca, en enero de 1938. Se define este Instituto como la agrupación de todos los académicos pertenecientes a las distintas Reales Academias, que en el momento de constituirse en 1937, no eran más que seis. En los años cuarenta se les dio el carácter de Reales Academias, también, a las de Jurisprudencia y Farmacia.

—Hoy son ocho, no digamos las Academias, sino las Academias cuyos miembros están integrados en el Instituto de España. ¿Y por qué matizo esto y no hablo de agrupación de Academias? Pues porque es así como lo expresa el decreto y porque creo que en el legislador estuvo la idea de que no pareciera en ningún momento, si se decía «integración de Academias», que podía desdibujarse la fisonomía de cada una de ellas. Hablando de la integración de todos los académicos se recoge más exactamente la idea.

El Instituto de España tiene una gran semejanza con el Instituto de Francia. Ser «membre de l'Institut» tiene mucha importancia. Agrupa asimismo, a los académicos de las distintas Academias Nacionales. Se creó como consecuencia de la crisis que después de la Convención sufrieron las Academias Francesas. Ya después, en los tiempos napoleónicos, volvieron a aparecer las Academias, pero manteniendo su integración en la misma figura del Instituto de Francia.

—¿Qué misión le corresponde desarrollar al Instituto de España?

—Una misión de coordinar unas Academias

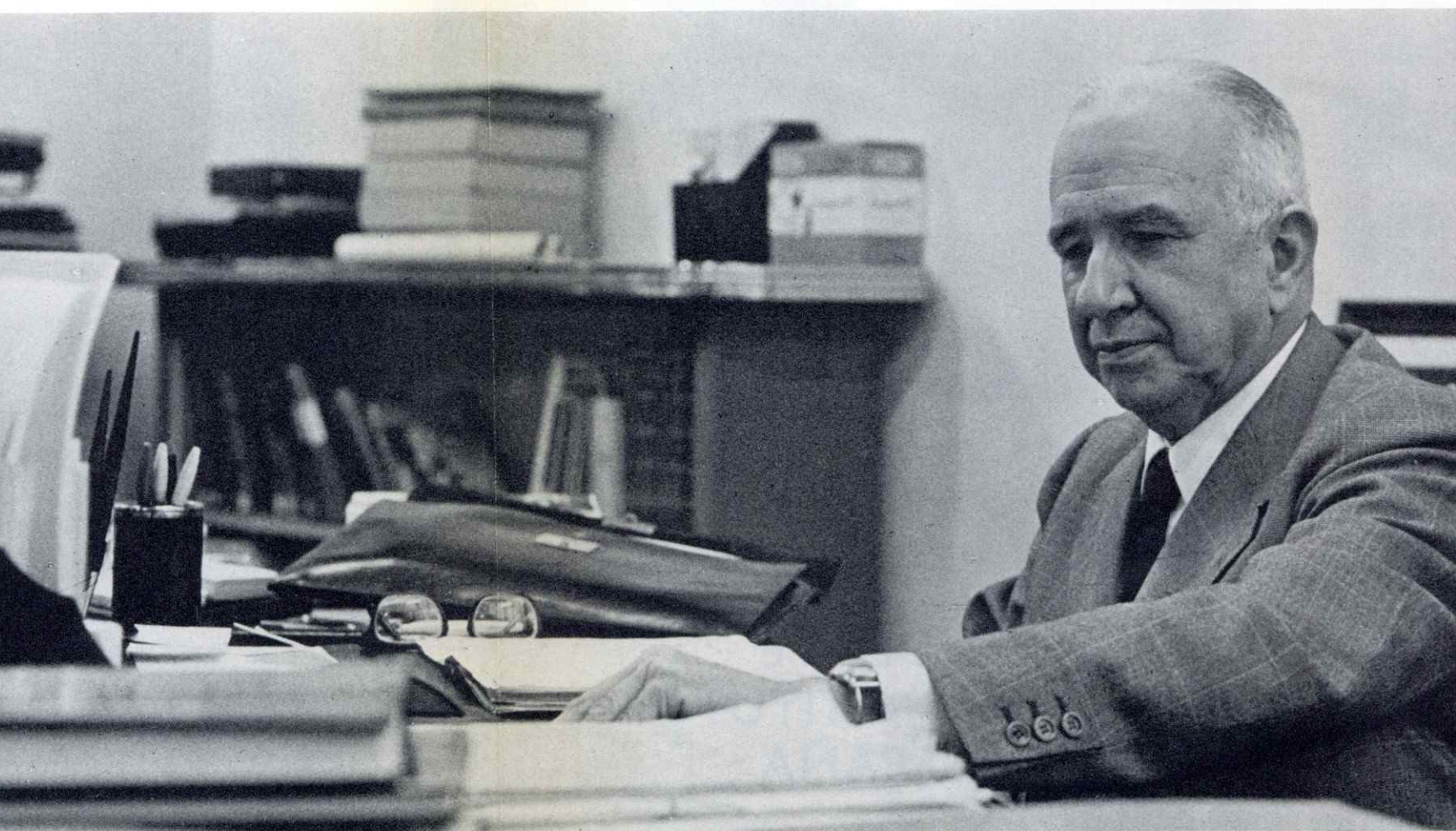
con otras en materias que puedan ser comunes. Y, en todo caso, mantener un espíritu de unidad, de fraternidad espiritual entre los senados, que se suponen los más altos de la cultura que cada Academia representa. Esta es la idea fundamental. El Instituto de España celebra tres plenos anuales. Uno, en octubre, con motivo de la apertura de curso de las Academias; otro, en enero, para conmemorar la fecha de su fundación; otro, con motivo de la Fiesta del Libro.

—Estos plenos se celebran rotando entre las distintas Academias y en ellas participan sus miembros correspondientes. A veces intervienen académicos de más de una Academia. Celebra también el Instituto de España sesiones plenarias cuando se trata de alguna conmemoración excepcional, del aniversario de algún personaje en el que se puede dar una cooperación de varias Academias, siempre con una idea interdisciplinar.

—Tiene el Instituto de España publicaciones propias, que también se hacen previo acuerdo con las Academias respectivas. Pensamos nosotros, porque se deduce de la misma naturaleza del Instituto, que podríamos

LORA TAMAYO,

PRESIDENTE
DEL INSTITUTO
DE ESPAÑA



acometer la creación de cátedras especiales, con cursos monográficos, a ser posible, siempre interdisciplinares, de acuerdo con las Academias que más pueden estar interesadas en ello. Para toda esta labor coordinadora, el Instituto de España cuenta con lo que se llama la «Mesa del Instituto», formada por representantes de todas las Academias. Estos llevan a la «Mesa» los problemas de sus Academias respectivas, pues el Instituto de España actúa también como intermediario entre éstas y el Gobierno.

Preguntamos al profesor Lora Tamayo que cuáles son los problemas más acuciantes que tienen planteados en este momento nuestras Reales Academias.

—Estamos ahora francamente preocupados porque la Academia de la Historia pueda tener una instalación más amplia, dada la cantidad de archivos privados que le están siendo cedidos, lo que hoy hace en muchos casos difícil una catalogación y, mucho más, una investigación sobre la base de estos archivos. También nos preocupa el problema del Museo de Bellas Artes de San Fernando,

que es magnífico, pero que tiene necesidades acuciantes. Todos estos problemas, y algunos otros, los conoce la Mesa del Instituto de España a través de los representantes de las Academias respectivas.

Esto es, según parece, lo más importante de la actividad que el Instituto de España desarrolla. En cualquier caso, se preocupa mucho de que su actuación no parezca que absorbe a la de ninguna Academia. No pierde de vista su idea coordinadora, de servir a los intereses de las distintas Academias y de coadyuvar con ellas en todas las funciones de promoción de alta cultura que éstas tienen a su cargo.

—¿Cree usted que la misión de las Academias ha perdido, al correr de los siglos, alguna importancia?

—Quizá a primera vista pueda pensarse que las Academias no tienen razón de existir hoy, al menos con la idea con que fueron concebidas. Sin embargo, no es así. Efectivamente, se han multiplicado las Sociedades científicas; se han dividido en especialidades diferentes y cada cual tiene su vida indepen-

diente, celebra sus congresos y edita sus publicaciones. Esto no ocurría cuando las Academias se crearon, porque entonces tenían un cometido muy distinto del que ahora les compete. En cambio, encuentro que las Academias siguen teniendo su razón de ser y voy a citar algunos casos de trabajos continuos que una Academia hace y que quizá no podrían realizarse más que en este tipo de corporaciones.

Argumenta el profesor Lora Tamayo que en las Academias se integran las más altas figuras de la intelectualidad española y que el hecho de reunirse semanalmente personas que dentro de una misma área cultivan especialidades distintas, es una coincidencia de puntos de vista convergentes ante cualquier problema. Si ello no determina inmediatamente un fruto creador, sí proporciona la chispa suficiente para que cada cual piense respecto de su propia dirección.

—Pero es que, además, hay obras de continuidad que llevan a cabo las Academias. Quiero citar el caso de la Academia Española, que trabaja en el Diccionario de la Lengua



El profesor Lora Tamayo, muestra a nuestro colaborador Marino Gómez-Santos, algunas fotografías de Premios Nobel, con los que ha tenido relación científica.



y está llevando a cabo una labor extraordinaria en la preparación del Diccionario Histórico, lo cual no puede hacer más que una Academia. La de Ciencias, que yo presido, está llevando a cabo una labor no comparable a ésta, en cuanto a grado de difusión, pero una labor que yo considero que ha de alcanzar una importancia grande cuando ya trascienda al exterior por medio de su publicación. Estamos preparando el vocabulario científico moderno. Se trata de una tarea impropia que está llevando la Academia colectivamente.

Explica el profesor Lora Tamayo que el enorme progreso de la ciencia y de la técnica ha introducido en nuestro lenguaje un caos de palabras que hay que considerar para darles definiciones que estén incluso al alcance de las personas no especializadas y, sobre todo, castellanizarlas.

—Esta labor es mucho más importante en cuanto que la Academia de Ciencias a que me estoy refiriendo recibe constantemente consultas de Academias de Ciencias hispano-americanas. Recuerdo últimamente la de Colombia. Es una manera de que nuestro idioma

conservase su pureza y que ésta se transmita a los países de habla española. La Academia de Farmacia creo que colabora también en cuestiones idiomáticas, lo mismo que la Academia de Medicina. La de Ciencias Morales y Políticas es un senado especialmente selecto formado por personas donde se abordan prácticamente los problemas más importantes del momento actual, sociológico, político, etc. La Academia de Bellas Artes tiene una misión importantísima, porque aparte de su Museo, que es después del Prado el museo más importante de Madrid, tiene la gran preocupación de conservar esa joya de arte que representa la pinacoteca y también ha de ocuparse de la supervisión de los monumentos. En este mismo orden podríamos ir viendo la misión que cada una de las Academias cumple en este momento y que llenan sus sesiones. Y eso, repito, no es labor propia más que de un senado de personas del tipo de las que se reúnen en una Academia y no de una Sociedad especial.

—Como presidente del Instituto de España, ¿qué le preocupa a usted actualmente?

—A mí, inicialmente, lo que más me preocupa es tener una actuación que, siendo eficaz, trascienda al exterior, en forma que nadie pueda hablar de la inutilidad de las Academias. Esto, dicho así, con carácter genérico. Por eso le decía a usted antes que tengo propósitos, siempre consultando con los miembros de la «Mesa», con los cuales ya he cambiado impresiones sobre todo esto, de promover concursos de investigación sobre temas siempre a ser posible de carácter interdisciplinario, para que se vea las funciones de las Academias en todo esto. Y la de cátedras especiales. El Instituto de Francia, por ejemplo, sostiene y tutela lo que se llama el «College de France», que tiene una significación grande en la vida intelectual francesa. Esto se ha creado a través de cátedras que fueron sucesivamente formándose. Si pudiéramos llegar aquí a conseguir algo de este tipo resplandecería más la función que puede el Instituto de España llevar a cabo.

M. G.-S.

(Fotos: CONTIFOTO)

